

Adiós a Hugo Díaz

▼ Con una bondad que hermanaba a los humanos

Altamirano, que luego se convirtió en buen escritor y quien falleció no hace mucho, y a Francisco *Chico* Gamboa, que pasó a ocupar posiciones importantes en el partido comunista y es un buen periodista hoy retirado.

Sin cobrar. Una tarde llegó a la pequeña oficina que se nos había asignado Hugo Díaz, a quien no conocía, a ofrecerme sus servicios como dibujante y caricaturista. Le expliqué que nuestro presupuesto era muy limitado me contestó que no esperaba que le pagaran nada por su trabajo y que su única intención era colaborar con nuestros ideales. Naturalmente, acepté tan generosa oferta y desde entonces, mientras tuve a mi cargo el periódico, elaboró todas las ilustraciones que publicamos, sin recibir la menor remuneración por sus esfuerzos.

Cuando nació mi primera nieta, Laura, ya una estudiante universitaria, escribí un poema para ella y Hugo, con su acostumbrada amabilidad, lo ilustró sin cobrar. Esta generosidad la daba también a muchas otras personas, a quien la necesitara. Su interés primordial fue ofrecer ayuda

y colaboración a los más necesitados. "Por estar con los pobres, con los más necesitados, me dicen comunista", dijo en una ocasión. "Yo no se nada de política ni soy miembro de ningún partido, pero si por estar con los más necesitados me dicen comunista, pues que me lo sigan diciendo".

En familia. Muchas veces coincidimos en la juramentación de los Premios Nacionales, los dos en campos diferentes, y entonces conversábamos largamente. Además de nuestros intereses artísticos comunes, hablábamos mucho de nuestras familias, de nuestros hijos, de cómo iban ocupado sus lugares en el mundo del adulto. "Así como nunca niego una ayuda a un necesitado, tampoco se la niego a ningún miembro de mi familia", me dijo en una ocasión.

Solo un a vez coincidimos en un jurado de los Premios Nacionales, el de Teatro, y durante un año nos vimos a menudo y conversamos mucho por teléfono. Fue un jurado serio, responsable, y aunque el teatro no era su especialidad, sus razonamientos fueron siempre sensatos y certeros.

Ahora se ha ido para siempre. Pero queda su valioso trabajo, sus libros, sus cuadros y, sobre todo, queda en la mente de todos los que lo conocimos, de todos los que disfrutamos de su amistad, su imagen campechana, su sonrisa, su bondad que lo hermanaba a todos los seres humanos.

Es un tranquilo domingo en la tarde. Mientras escucho por Radio Universidad el Concierto Triple de Beethoven escribo un artículo para *La Nación*. Afuera ya ha llegado la noche que, como siempre, ha apagado las voces de los pájaros que, a menudo, cantan en las tardes lluviosas. De pronto Angela Eugenia me da la triste noticia que acaba de conocer por la televisión: Hugo Díaz ha muerto.

Abandono lo que estaba escribiendo para contar a mis lectores lo que conozco de este gran artista, de este hombre humilde y sencillo, pero de gran calidad humana.

Conocí a Hugo hace ya más de 40 años. El Consejo Universitario y, sobre todo, el rector entonces de la Universidad de Costa Rica, Rodrigo Facio, me habían encargado la dirección del periódico de la Universidad. Era un proyecto muy modesto, con un presupuesto muy modesto. El periódico tenía ocho páginas y se distribuía gratuitamente a los estudiantes. El personal lo formaron un representante de cada una de las facultades; algunos llegaban de vez en cuando y otros ni se presentaban a cumplir con las funciones. Si recuerdo a Carlos Luis



MARIO
MADRIGAL